

LIBRO

Con el corazón al centro



State of the Heart: Exploring the History, Science and Future of Cardiac Disease
Haider Warraich St. Martin's Press, 2019, 352 p.

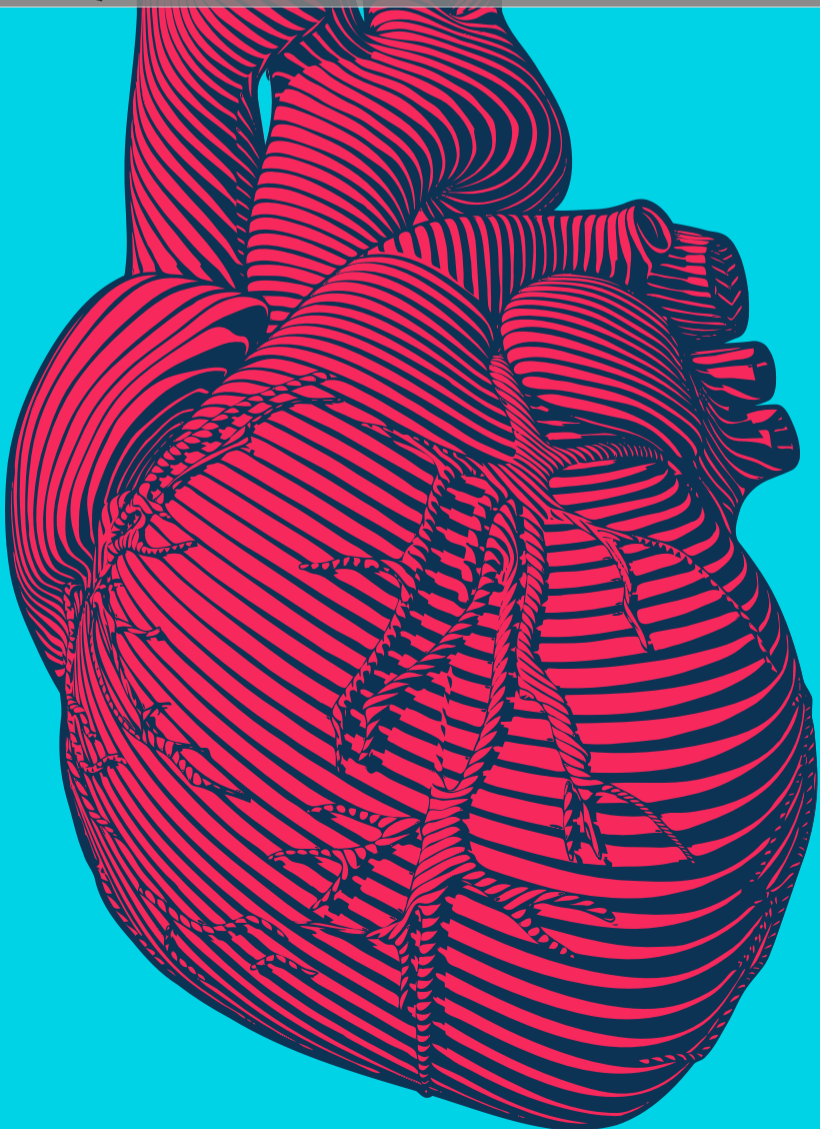


Imagen: Shutterstock

El corazón hace posible la circulación de la sangre y es tan esencial para la vida que, si deja de latir por apenas unos segundos, el cuerpo empieza a sufrir daños irreversibles que conducen a la muerte. Este órgano y las enfermedades que padece han sido objeto de atención desde la antigüedad, pero su naturaleza y funcionamiento no han sido siempre bien comprendidos. La segunda mitad del siglo XX vio el inicio de una era dorada de la cardiología, en la cual nuestro entendimiento de las causas de las fallas cardíacas permitió transformar su tratamiento.

“De cara al futuro, debemos aceptar el hecho de que la innovación que puede salvar millones de vida podría ya estar aquí.”

“En los años 50, un ataque cardíaco era una sentencia de muerte casi segura, y de entre la gente que lo sobrevivía, la mitad quedaba debilitada permanentemente”, escribe el cardiólogo Haider Warraich en su libro *State of the Heart*. Hasta el día de hoy, es cierto, las enfermedades cardiovasculares son la primera causa de muerte a nivel mundial (según la OMS, casi dieciocho millones de personas mueren por esta causa cada año), y la insuficiencia cardíaca es la causa más común de hospitalización. Pero gracias a los avances en el cuidado médico, “No solo se redujo la mortalidad de los ataques cardíacos, sino que también ha cambiado la medida en la que afectan la capacidad de una persona de seguir adelante con su vida”.

El libro recorre el largo camino que nos ha traído hasta aquí. Como muchas otras cosas, este comienza con los egipcios, que comprendieron el lugar central del corazón en la circulación, pero lo conectaron, erróneamente, con canales que transportaban aire, bilis, heces, semen, espíritus y sangre. Aun así, lograron describir la fibrilación y la peligrosidad de los dolores que delatan una angina de pecho. Estos incipientes conocimientos de la función cardíaca tendrían que esperar al desciframiento de la piedra de Rosetta para ser recuperados. Mientras tanto, la medicina occidental sería capturada por las teorías de Hipócrates –que

pensaba que la circulación de la sangre giraba en torno al hígado— y de Galeno, que postuló la circulación por el cuerpo de cuatro humores —bilis negra, sangre, bilis amarilla y flema— cuyo desbalance provocaba enfermedades. En ese modelo, la función principal del corazón era dar calor y la respiración servía para enfriar el cuerpo. La influencia de Galeno siguió vigente hasta que William Harvey consignó, en un libro de 1628, su descubrimiento de que “toda la sangre en el cuerpo viajaba constantemente, en un gran ciclo, una y otra vez, incesantemente, en humanos y animales, impulsada por el corazón”.

Los descubrimientos que vinieron en los siglos subsecuentes, y sobre todo durante el siglo XX, como la relación de la aterosclerosis —la acumulación de grasas en las paredes arteriales—, la hipertensión y otros factores de riesgo con las enfermedades cardíacas, la importancia de la dieta para prevenirlos, el desarrollo de medicamentos como las reninas y las estatinas para tratarlos, el perfeccionamiento de técnicas quirúrgicas para reparar, o directamente sustituir, un corazón enfermo, constituyen el núcleo del libro. Warraich, quien se formó como cardiólogo en las universidades de Harvard y de Duke, entrelaza en cada capítulo explicaciones claras, pensadas para un lector no especializado, de los procesos anatómicos, con una vasta investigación documental y con la historia más personal de cómo él, en su práctica

clínica, se ha aproximado al tratamiento de las dolencias cardíacas.

Si bien no deja de mostrarse maravillado por los avances que describe, Warraich evita el triunfalismo, recordándonos, por ejemplo, que “no pasa un día en que las estatinas, el medicamento más prescrito en Estados Unidos, sean simultáneamente declaradas las salvadoras de todas nuestras enfermedades o las determinantes de todas nuestras deficiencias”. Y esto es especialmente cierto en los pasajes más personales. En uno de ellos, especialmente punzante, recapitula un caso en el que un paciente al que se le está a punto de practicar una angioplastia (una operación en la que, por medio de un cateterismo, se coloca una red metálica, llamada *stent*, que se expande dentro para abrir un vaso sanguíneo estrecho o bloqueado) sufre un paro cardíaco. Mientras el propio Warraich empieza a realizar compresiones para reanimarlo, un cardiólogo con una concentración a prueba de fuego coloca varios *stents* más para devolver la circulación al corazón que, en la pantalla de rayos X, aparece vacío de sangre. “Desde un punto de vista puramente técnico — recuerda el autor—, esta fue una de las más habilidosas muestras de maestría instrumental que he visto. Sin embargo, esta obra maestra nunca vería la luz del día: el paciente murió”. En su escepticismo, Warraich acepta tanto las capacidades limitadas de la medicina

como la naturaleza incompleta de la ciencia.

Lo cierto es que el estudio del corazón nos ha llevado a cruzar límites antes insospechados: “el cuerpo humano puede vivir mucho más allá de la falla del corazón”, recuerda Warraich cuando habla sobre los Dispositivos de Asistencia Ventricular (DAV), que permiten a personas seguir viviendo con un corazón enfermo, casarse, tener hijos. Estos artefactos mecánicos, activados por una corriente eléctrica, pueden seguir funcionando, llevando sangre a todo el cuerpo, aún cuando el paciente ha muerto por otras causas. Warraich atestigua un momento así y reflexiona que “Los pacientes con enfermedad cardíaca rara vez alcanzan un punto de inflexión. [...] Esto significa que es mucho más probable que mueran en un hospital que en su casa, y morir en su casa es lo que la mayoría de ellos quieren”. Por ello, dice, es preciso mejorar el uso de cuidados paliativos en los pacientes con enfermedades cardíacas crónicas en fases terminales.

En las páginas finales de esta apasionante historia médica, el autor propone que “de cara al futuro, debemos aceptar el hecho de que [...] la innovación que puede salvar millones de vida y mejorar muchas otras más podría no estar a décadas de distancia: podría ya estar aquí. Podrían ser los medicamentos que ya tenemos, las intervenciones dietéticas que sabemos que funcionan, el ejercicio que sabemos necesario para mantener la salud”, dice Warraich, abogando porque el acceso a estos tratamientos se ponga en el foco de la atención, de modo que la salud cardíaca sea vista “como un derecho más que como un privilegio”.

Pero sabe que la ciencia no se detiene. Se pregunta si algún día nuestros conocimientos actuales parecerán tan incompletos como ahora vemos los postulados de Galeno, y cree posible que algún día su libro sea citado como una muestra de lo poco que sabíamos sobre el corazón. Esa posibilidad, reconoce, le da mucho placer.